
SUICIDIO, ABORTO,
CANIBALISMO, SODOMÍA

RECOGÍ TODOS LOS DATOS en torno a aquel tipo que se vio mezclado con la Iglesia de la Eutanasia y los olvidé en un cajón. Le habían metido en la cárcel por no recuerdo qué actividades subversivas. Creo que lanzó sangre, que luego resultó ser de caballo, al presidente. Le cayeron varios años y no sé qué más pasó.

Pero el editor insistía en que volviera a retomar el asunto.

—Huelen el estiércol desde dentro —decía.

A saber cuál era su intención al afirmar, con tanta seguridad, semejante desatino. De acuerdo, olían el estiércol desde dentro. No era difícil. Por lo poco que les había investigado, ellos mismos tenían bastante de putrefactos. Apoyaban su doctrina en lo que llamaban, alegremente, los cuatro pilares: suicidio, aborto, canibalismo y sodomía.

Haré un resumen. Si por mí fuera, con esto bastaba y daba por zanjado el asunto. Pero mi editor paga las facturas, así que terminaré extendiéndome como pueda.

La Iglesia de la Eutanasia aboga por el fin de la especie humana. Así, sin más contemplaciones. Por defender al mundo del carácter predador del ser humano. En lugar de comenzar dando ejemplo, han levantado una constructiva institución que invita al suicidio, se declara partidaria del libre aborto y, como estrategia de urgencia,

defiende el canibalismo. Éste último aspecto es especialmente absurdo, pues si su fin no va más allá de que todos los individuos mueran más o menos rápido para, así, ofrecer una oportunidad al planeta, que después uno acabe comiéndose los cadáveres no tiene demasiado sentido. A fin de cuentas, comida es comida y, por lo tanto, vida y longevidad.

Mención aparte merece el tema de la sodomía. De hecho, muchas personas no acaban de entender, al menos en un primer acercamiento a la doctrina de la secta, qué tiene que ver el sexo anal con la exterminación de la raza humana. Si atan cabos, se darán cuenta de que nadie puede concebir gracias a un coito anal. Existen muchas formas de evitar la procreación cuando se practica el sexo vaginal pero, pese a quien le pese, de buena enclada nunca llegaron niños al mundo.

La Iglesia, que tiene más de doscientos acólitos, está dirigida por un transexual llamado Samantha Petrovic. Reverenda Samantha Petrovic, para ser más exactos. Hacia 1991 fue iluminada por una visión extraterrestre que vino a decirle algo así como «Salva al planeta. Mátate». Dicho y hecho. Petrovic montó una Iglesia en el salón de su casa de Providence como quien pide una *pizza* por teléfono. Se sirvió un *martini* con hielo y garabateó su carta fundacional en una servilleta de papel. Tenía dieciséis años y un cerebro funcionando a medio gas.

Pero prosperó. Hete ahí que prosperó. Debe existir alguna ley universal que promociona a los descerebrados integrales. Petrovic es la prueba viviente. Anduvo liada con los metodistas hasta que estos tomaron conciencia del especial giro hacia el delirio que las tesis de Petrovic

habían adquirido, así que la pusieron en la calle con toda su parafernalia. Y es que una cosa es pretender la salvación del alma a través de la oración y la atenta lectura de la Biblia y otra, bien diferente, pregonar las bondades de comerte al vecino de arriba.

Tras su relación con los metodistas, Petrovic decidió ir por libre. Para ganarse la vida, compone e interpreta música electrónica allá donde se lo solicitan. Creo que su caché es bastante alto. Debe ser por el morbo que suscita.

Hace un tiempo, tras los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York, la reverenda Petrovic compuso una canción para conmemorar tan infausto evento. Y ya que estaba en ello, acompañó sus barruntos con un vídeo donde se mezclan las imágenes de los aviones estrellándose con escenas directamente tomadas del cine porno: varias mujeres reciben, jubilosas, sobre sus rostros, el semen de sus compañeros de fatigas. Mientras tanto, un tipo se masturba ante la cámara y, cuando acaba, se limpia con la bandera de los Estados Unidos.

Simbolismo, lo que se dice simbolismo, no hay mucho. La reverenda Petrovic es, digámoslo suavemente, tan sutil como la caricia genital de un orangután macho. Pero escándalo, a mares. Porque, claro, identificar a las Torres Gemelas ardiendo con sendos penes erectos y al posterior derrumbamiento con el orgasmo masculino, da para mucho.

Mientras tanto, la reverenda Petrovic gruñe ante el micrófono. Crea un paralelismo, sagaz como pocos, entre la bola de fuego que producen los aviones al impactar contra los edificios con el plano del dinero de las películas porno. El plano del dinero es el plano cumbre de cualquier engendro pornográfico. Todo aficionado lo sabe. Si

Hitchcock nos acostumbró a intuir que lo verdaderamente importante ocurría al final de la historia, cuando el misterio se desvela y todo queda claro para el espectador, en el caso de las porno nada sucede hasta que el tipo eyacula sobre la dispuesta hembra. *Citius, altius, fortius*. Las anomalías se pagan con generosidad. Ése es el verdadero plano del dinero.

Mi editor debía haber visto el vídeo, pues no admitió un no por respuesta.

—Huelen el estiércol desde dentro —dijo.

Así que tuve que tomar un avión y dirigirme a Providence. La reverenda Petrovic concede entrevistas a todo el que se lo solicita, de modo que no hubo el más mínimo problema. Me dedicaría media hora de su tiempo y aprovecharía para defender las partes más vistosas de su espectáculo circense.

Porque, y es de justicia reconocerlo, los miembros de la Iglesia de la Eutanasia saben ofrecerlo sin estrecheces. Al espectáculo, me refiero. En cuanto ven una acera poblada de inocentes conciudadanos, se las apañan para desembarcar en ella con toda su ostentabilidad. Allá van el pastor Sam y sus muñecas carnívoras, Tom el hombre que se asó a sí mismo, Sandrine la achicharradora de fetos, Amy la muñeca hinchable cuya vagina se puebla de entes extraños y el sacerdote pedófilo y su proclamación de que el sexo es siempre bueno.

En realidad, poco más hacen. La propia reverenda Petrovic lo reconocía al principio de la entrevista.

—Se trata de ofrecer un espectáculo insólito pues de

esta forma llamamos la atención sobre nuestro auténtico mensaje.

—Y éste es...

—El ecocidio.

—¿Qué?

—El ecocidio. Matamos especies animales a ritmos apresurados. Pronto no quedará ninguna. Sólo nosotros. La especie por antonomasia.

—Por eso solicitan ustedes que nos vayamos destruyendo, para ir ganando tiempo...

—Son ellos o nosotros. Y creemos que debemos ser nosotros. Es de justicia, ¿no cree?

Evidentemente, no lo creía. Y dudaba de que ella lo hiciera. Pasé gran parte del tiempo que duró la entrevista tratando de dilucidar si daba crédito a todos los discursos expuestos o, tan sólo, se trataba de una puesta en escena más o menos efectiva. La reverenda Petrovic, he de decir, se mostraba impenetrable. No lo supe entonces y sospecho que nunca he de encontrar la verdad.

—Para conseguirlo —continuó—, lo más correcto es no procrear. Es nuestro deber evitar que existan más generaciones de predadores sobre el planeta.

—Pero, si lo piensa detenidamente, nosotros somos una especie más. Según su argumentación, deberíamos tener derecho a la vida en idéntica forma a cualquier otra.

—No. No es así. Nuestra especie se halla contaminada por una evolución errada. Hemos creado mecanismos que destruyen el ecosistema, todos los ecosistemas. Algo de esta proporción le está vedado a cualquier otra especie animal sobre el planeta.

—Y, sin embargo, hemos comenzado a dar pasos para

evitar la extinción de más especies. Es posible que, en el pasado, nuestro comportamiento no fuera ejemplar, pero ahora se están dando pasos hacia delante y adquirimos conciencia de nuestra capacidad destructora.

—Se trata de una falacia. La realidad es que desaparece una especie animal cada cuarenta minutos.

—Más o menos...

—Exactamente. Cada cuarenta minutos. Está comprobado.

—Tengo entendido que muchas de esas especies son insectos cuya existencia no está catalogada.

—Insectos que sufren los atentados contra la cadena trófica.

—O sea, que no pueden comerse a quienes deberían.

—No.

—¿Y cómo puede darse por extinguida una especie de la que lo desconocemos todo, incluido su existencia?

—Que no sepamos que existe, no quiere decir que no suceda.

—Que no sepamos que existe, quiere decir que no sabemos que existe. Siento ofrecer, tan sólo, una explicación humilde, pero me parece la más adecuada.

Aquí la reverenda Petrovic reculó un poco. Supongo que lo de la sodomía tendría que ver algo con ello.

—Desaparecen —sentenció—. Es un hecho innegable.

Me fijé en su ropa. Llevaba puesto un sencillo vestido floreado, muy discreto y cabal. Sin mangas, de una sola pieza y con la falda corta, pero no demasiado. Permitía que dos piernas depiladas y bastante bonitas se mostraran sin atisbo de provocación. Había supuesto que, teniendo en cuenta la lengua bifurcada que escondía dentro de la boca, su aspecto debía estar en consonancia

con una rebeldía tan manifiesta. Pero no, la reverenda no daba muestras de querer escandalizar con su aspecto.

A no ser por ese par de brazos fibrosos y un par de bíceps excesivamente torneados para una mujer, nada diría que no se hallaba ante un ser delicado y sensible. Me preguntaba si se habría operado los genitales. No, no tuve valor para preguntárselo. Aunque sospecho que me habría ofrecido una respuesta sin azorarse en lo más mínimo.

—¿Conserva usted sus genitales de nacimiento?

—Sí, por supuesto / No, por supuesto.

Y la peluca, claro. La peluca. ¿Por qué llevaba una peluca tan notoriamente peluca? Porque era una peluca. De eso, estoy seguro. Una peluca de pelo negro cortada a modo de melena recta y con flequillo hasta la mitad de la frente. ¿No podría haberse dejado crecer su propio pelo y solucionar, así, el asunto? Puede ser que tuviera problemas de alopecia. Aunque no es probable, pues a su edad tan temprana, los muchachos suelen conservar aún toda la mata sobre la cabeza. No, tampoco se lo iba a preguntar.

—Hábleme de su voto de no procrear.

—Los miembros de nuestra Iglesia han realizado ese voto. Es algo muy simple y constituye el abecé de nuestra creencia. No más niños en el mundo. Para conseguirlo, y antes de acabar con los que ya existen, debemos evitar que nuevas vidas pueblen el ecosistema.

—No tener hijos es la forma más rápida.

—Sí.

—Pero en los países occidentales, como éste en el que nos encontramos, las tasas de natalidad ya son lo suficientemente bajas como para no preocuparse por ellas.

—Nunca está de más realizar algo de trabajo adicional.

—¿Ningún miembro de la secta tiene hijos?

—Algunos sí. Pero los menos. Además, no es imprescindible no haber sido nunca papá o mamá. Lo importante es concienciarse de que no deben hacerlo nunca más. Cuando alguien viene hasta nosotros con la intención de convertirse a la fe, se le explica todo esto. Lo comprenden rápidamente y no dudan de que el voto sea importante.

—¿Importante ante quién?

—Ante la sociedad, claro. Ante todos los miembros predadores de la raza humana. Decimos que ya basta, que es suficiente, que el ecosistema no puede soportar por más tiempo nuestras agresiones. Y un bebé es una agresión.

—Cuando su planteamiento falla, disponen de soluciones adicionales.

—Como el aborto.

—Como el aborto.

—Debería ser libre y gratuito en cualquier mes de la gestación. Apoyamos las clínicas abortistas. Creemos que deberían estar financiadas en su totalidad por los gobiernos pero incluso los más progresistas en asuntos abortivos instauran plazos y condiciones. Decimos no a eso. Exigimos que se permita a las mujeres abortar incluso en el noveno mes.

—O más tarde.

—Desde luego. ¿Cuál es la diferencia?

—Que el bebé ya ha respirado. Está vivo.

—Ya lo estaba antes.

—Sí.

—¿Entonces?

—Existen diferencias. Podemos discutir sobre los plazos en los que un aborto es razonable o éticamente justo. Pero acabar con la existencia de un ser humano que respira se llama asesinato.

—No lo dudo. Para nosotros, esas diferencias son insignificantes. El asesinato no es una mala opción. De una forma u otra, el final siempre es el mismo: los humanos dejamos en paz al planeta.

—En el peor de los casos, si al individuo en cuestión le da por crecer y hacerse mayor, siempre le queda el recurso del suicidio.

—Somos firmes partidarios del suicidio.

—Llegaron a crear una línea de atención telefónica para suicidas. Pretendían ayudarles a cumplir su objetivo.

—Sí, pero tuvimos que cerrarla.

—¿Presiones de las autoridades?

—No. Simplemente, la gente no llamaba. Nos pasábamos las horas muertas frente al teléfono sin que nunca sonara. Y, si lo hacía, siempre se trataba de fundamentalistas cristianos que nos llamaban para insultarnos.

—Parece ser que las personas de este país no tienen demasiadas intenciones de acabar con su vida.

—No existe una conciencia social referente al daño que estamos realizando al planeta. La gente vive inconscientemente, sin darse cuenta de que, día a día, practicamos un ecocidio de magnitudes insospechadas.

—Quizás si hubieran predicado con el ejemplo...

—Estuvimos sopesando la idea, pero la descartamos. Si nosotros nos suicidamos, ¿quién despertará al mundo? Somos partícipes de una misión que, sin duda,

nos supera. Nuestra labor es ejercer el apostolado hasta que las fuerzas nos fallen.

—Entiendo. ¿Y creen que están avanzando en la propagación de su mensaje?

—No nos cabe la menor duda. Tratamos de concien-
ciar a la sociedad. Nuestra labor es ésa. Aunque los cua-
tro pilares en los que se sustenta la Iglesia son radicales,
existe otro tipo de acciones que muy bien pueden adop-
tar las personas normales. Somos pragmáticos.

—¿Por ejemplo?

—La adopción. Es un buen sistema para evitar que el
índice de concepciones se dispare aún más. Si alguien
desea tener hijos y este afán se convierte en irrefrenable,
nosotros sugerimos que se adopten niños abandonados.
Los hay a miles, ¿sabe?

—Creo que sí.

Pues a través de un plan de adopciones generalizado
podríamos disminuir el índice de concepciones. Al
menos, de esta forma, paliamos el mal. No lo evitamos,
pero damos pasos en la buena dirección.

—Como el plan que tienen ustedes para que los pobres
del mundo se coman los cadáveres de los que, por una
razón u otra, nos van abandonando.

—Sólo en el caso de muertes accidentales. Quedan
descartados todos aquellos que fallecen por enfermedad,
sobre todo si ésta es infecciosa.

—¿Un accidente automovilístico?

—Es la fuente principal de recursos cárnicos que pro-
ponemos.

—¿No le parece un poco cruel comerse al pobre des-
graciado que ha tenido la mala fortuna de dejarse la vida
en la carretera?

—¿Por qué? Le repito que somos pragmáticos. Cuando la persona ha muerto, lo que queda es un buen montón de carne perfectamente aprovechable. Es ridículo deshacerse de ella. Le diré más: es moralmente reprochable que, mientras que millones de personas mueren de hambre en el mundo, aquí demos a la tierra un excedente más que necesario. Comámonos los unos a los otros.

—Se llama antropofagia.

—Nosotros preferimos denominarlo canibalismo. Es más directo e incide sobre una verdad universal: los tabús han de desaparecer para que nuestro mundo avance. El propio Jesús nos invitó a comer su carne y a beber su sangre. Si él lo dijo, no veo por qué hemos de rechazar su palabra.

—Intuyo ciertas contradicciones en su planteamiento.

—¿Contradicciones?

—Sí. Mire, si abogan por la extinción de la raza humana y desean que ésta se produzca cuando antes, ¿por qué preocuparse por dar de comer a los hambrientos? Mejor dejarlos morir lentamente, ¿no le parece?

—Le repito algo que antes ya he dejado dicho: somos pragmáticos. En consecuencia, tratamos de aportar soluciones al mundo en el que vivimos. La solución definitiva es la desaparición de la especie humana. Cuando hayamos dejado de existir, el planeta podrá recobrase. Tardará siglos, milenios quizás, pero lo conseguirá. Mientras el día de poner el gran plan en marcha llega, debemos ayudar, en la medida de nuestras posibilidades, a que este mundo en el que nos toca vivir, sea lo mejor posible. Decimos no a la sobreexplotación de los recursos animales. Lo ideal es que nadie coma carne. Si, a pesar de

ello, estamos empeñados en hacerlo, realicémoslo de forma racional y alejada de todo sentimentalismo vacuo.

Hizo una pausa durante la que creí que iba a tomar aire tras la última soflama, pero no, no lo hizo. Se quedó muy quieta mirándome a los ojos, casi sin respirar. Cuando aleccionaba, adquiría una extraña palidez en el rostro. Parecía que toda la sangre se le marchaba a algún lugar desconocido en el interior de su frágil organismo.

—Comámonos como Jesús enseñó —continuó—. Él no tuvo ningún reparo en que lo hiciéramos con su propia carne. Era la carne humanizada de Dios. Si la licitud de esto no presenta dudas, nuestra proclama tampoco. Comamos y bebamos de lo que más a mano tenemos. Ayudemos a conservar el ecosistema. No lo devastemos, no matemos animales y comámonos a nuestros muertos.

Silencio. La reverenda Petrovic no dijo nada más y yo, la verdad, no encontraba la manera de continuar. Me miraba con sus ojos duros enmarcados bajo el flequillo negro. Sentí un impulso irrefrenable de besarla. Medité la posibilidad de abalanzarme sobre ella, arrancarle la ropa y hacerle el amor allí mismo.

Después, dudé. Era lo que esta mujer mejor sabía hacer: conseguir que la gente dudase. No estaba seguro de nada. Me miraba sin vacilación y, a la vez, sin agresividad. Miraba como los animales inocentes antes de ser degollados. Miraba con ojos tiernos y salvajes.

Y digo que dudé porque, cuanto más lo pensaba, menos sabía de ella. Se trataba de un hombre oculto bajo la piel de una mujer, cierto, pero, ¿hasta dónde se creía su propia realidad? ¿Estaba actuando ante mí? ¿Me sometía a una ficción y aguardaba en silencio mientras se desternillaba de risa por dentro?

Podría hacer extensible esta incertidumbre a lo que, hasta ahora, me había contado. ¿Realmente estaba tan loca para creerse la sarta de majaderías que había expuesto? ¿O se trataba todo de una gran fábula creada por su mente, una mente lúcida y genial que nunca, aunque fuera sometida a las más horribles torturas, revelaría el misterio? Merecía la pena trabajar para descubrir su secreto.

No resultó sencillo hablar con el resto de miembros de la Iglesia. Y no porque se negaran, no. Nadie lo hacía. Pero, por mucho que uno se empeñara, nunca daba con ellos. La reverenda Petrovic, amablemente, me facilitó los números de teléfono de casi todos los miembros que realizaban actividades públicas. La imagen de la Iglesia en el exterior, tal y como la reverenda decía.

Los llamé a uno tras otro y, uno tras otro, hablé con todos ellos. Pero por alguna extraña razón que ahora se me escapa, no pudimos vernos las caras. Algunos no podían citarse conmigo debido a su apretada agenda diaria. Otros vivían en ciudades alejadas de Providence. Eso sí, con los más dispuestos, llegué a establecer citas firmes.

—A las doce en el café Equis —decía mientras anotaba la cita en mi agenda.

A las doce en punto, me hallaba en el café Equis solo ante un zumo de tomate. O no. Porque, a veces, no conseguí llegar a tiempo o, simplemente, olvidé la cita. Yo, que nunca olvido un encuentro, menos aún si se trata de

alguien a quien poder sacarle el jugo, no acudía. Me quedaba dormido en el hotel o disperso en quién sabe qué intrascendencia.

Creo que la reverenda poseía algún tipo de influencia sobre mí, una influencia que me obligaba a actuar de forma distinta a la habitual, que me ensimismaba y doblaba perspicacias. Cada vez estoy más convencido de ello.

En un esfuerzo sobrehumano, llamé a Tom, el hombre que se había asado a sí mismo. No era de Providence ni vivía en Providence pero, al parecer, pasaba gran parte de su tiempo en Providence y no, precisamente, dedicada a las actividades propias de la Iglesia. Según me confesó la reverenda, tan sólo acudía de vez en cuando a echarles una mano. Y se asaba sin pensárselo dos veces.

—¿Vas a asarte hoy, Tom?

—Por supuesto.

Se quitaba la ropa mientras los demás preparaban la hoguera, se vestía un escueto taparrabos y se tendía en el suelo para que lo ataran al hierro de las mil vueltas lentas. Entre cuatro hombres fornidos, era alzado hasta los soportes giratorios y, entonces, daban vida a la pira.

Casi siempre había que parar porque la policía intervenía antes de que Tom quedara reducido a un *rosbif* curruscante, pero en un par de ocasiones, según se me aseguró, Tom fue asado por completo. Si lo deseaba, podría pedirle que me enseñara la piel ennegrecida.

—¿Tom?

—¿Sí?

—¿Tom, de la Iglesia de la Eutanasia?

—¿Dígame?

—¿Tom, el hombre que se asó a sí mismo?

—¿Quién es usted?
—Me llamo Atila Longo y soy periodista.
—¿Dónde ha obtenido mi número?
—Me lo ha dado la reverenda Petrovic.
—De acuerdo, no hay problema.
—Entonces, ¿es usted el Tom que busco?
—Sí, claro.
—¿Podría concederme una entrevista?
—Es un poco tarde.
—No me refiero ahora. Podría ser mañana. O pasado.
Aún voy a estar varios días en la ciudad.
—Usted no es de aquí.
—¿Cómo lo ha notado?
—Por el acento. Soy bastante bueno en eso.
¿Australiano?
—Europeo.
—Desde luego, europeo. ¿Y qué se cuenta?
—Pues he venido hasta Providence con la intención de realizar un reportaje sobre la Iglesia a la que usted pertenece.
—Últimamente estoy un poco desconectado del culto.
—¿Ha abandonado el seno de la Iglesia?
—No, en absoluto, simplemente estoy ocupado en otros asuntos, ¿sabe?
—Entiendo. ¿Relacionados con la religión, quizás?
—Con los negocios inmobiliarios. Vendo casas por todo el este del país. Ahora estamos tratando de abrir oficinas en Los Ángeles y en San Diego, pero no creo que sea antes del año que viene.
—¿Sería posible que nos viéramos en persona?
—Por supuesto. Dígame dónde y cuándo.
—¿Qué tal mañana en el café Equis a las doce?

—Allí estaré.

—Podemos almorzar juntos.

—No acostumbro a comer antes de que caiga el sol. Además, soy vegetariano y en el café Equis sólo sirven hamburguesas.

—En ese caso...

—Pero puede hacerlo usted. Le acompañaré muy gustosamente mientras almuerza.

—De acuerdo, a las doce. Anoto la cita.

—Clic.

Podría jurar que dijo clic. No sonó como un teléfono colgándose. Ni siquiera se pareció. Tom, el hombre que se asó a sí mismo, había dicho clic antes de cortar la comunicación.

El esfuerzo sobrehumano que había emprendido para poder entrevistarme con Tom, me dejó exhausto. A punto estuve, el día de la cita, de echarme a dormir durante veinte horas seguidas. Pero no podía permitírmelo. Debía entrevistar a Tom.

Pasé la noche en vela y bebí abundante café hasta media hora antes de dar las doce. Temía que, si me dormía, no despertara. Así que me senté en el sofá, abrí la agenda por la página donde había realizado la anotación de la cita y me limité a esperar. Tom, doce, Equis, eso decía la nota. Mientras hablaba por teléfono, había dibujado una orla en torno al texto. Ahora me pareció repugnante. Tenía que deshacerme de esa horrible costumbre. No soportaba que nadie lo hiciera en mi presencia y, menos aún, soportaba descubrir que yo mismo había abrazado tan repulsivo vicio.

Cuando la hora de la entrevista se acercó, no era nada que se aproximara, ni de lejos, a una persona. Decidí tomar una ducha fría. Me afeité y pasé la maquinilla también por la cabeza y en el pecho. Estaba listo.

Miré el reloj. Todavía era temprano, así que evité tomar un taxi. El café Equis no estaba demasiado lejos. Caminaría durante un rato hasta él y aprovecharía para despejarme del todo. Hacía una mañana preciosa y todos los abogados parecían flotar en el aire como rebaños de moscas recién nacidas a la búsqueda expectante del primer trozo de mierda caliente.

Tom no había llegado. Tenía varias fotos de él en acción y podía hacerme una idea sobre su aspecto. Eché un vistazo en el interior del café, pero no había nadie que se le pareciera, así que decidí sentarme en una mesa a esperar.

Pedí un zumo de tomate y patatas fritas. A las doce y media, mi cita parecía abocada al fracaso. Y yo me dormía sobre la mesa. Ya había puesto sobre ella el importe de la cuenta y la propina cuando, de pronto, lo vi entrar. Sí, era él, no me cupo duda. Alto, esbelto, seriamente vestido con un traje cortado a medida, impar en sus movimientos.

Es Tom, me dije. Era Tom, el hombre que, al menos en dos ocasiones, se había asado a sí mismo. Por completo. Y, a pesar de todo, estaba dispuesto a sentarse a mi lado en un céntrico café de Providence. Pasadas las doce y media de un precioso y soleado día.

—¿Longo? —preguntó mientras se acercaba a mí con la mano extendida.

—Sí —contesté.

Le estreché la mano. Era muy suave, sin las rugosida-

des propias de un hombre adulto. Sin marcas ni huellas. Lisa como el mármol.

—Por la exposición prolongada a las brasas —explicó.

Sonreía de oreja a oreja. Algo para mí invisible parecía alegrarle la vida. Quizás fuera su estado de ánimo natural. Por defecto, el que viene con el equipamiento, de fábrica, diríamos.

—Yo no me dedico profesionalmente a esto —aclaró mientras se sentaba.

No le había solicitado ningún tipo de explicación aunque, sin duda, estaba acostumbrado a ofrecerlas antes de que nadie se las pidiese.

—¿Profesionalmente?

—Bueno, ya me entiende.

Arqueé las cejas.

—Lo de la Iglesia de la Eutanasia. A eso me refiero. Colaboro ocasionalmente con ellos pero nada más. Hace unos años sí mantuve un vínculo más intenso, pero ahora no.

—¿Podría decirme por qué?

—No existe un motivo especial. Simplemente fui desligándome de ellos.

Cuando la camarera se acercó para tomarle nota, pidió una botella de agua mineral sin gas. Templada, en un vaso ancho y de vidrio liso.

—Quiero aclararle —continuó— que mis relaciones con la Iglesia siguen siendo inmejorables. Mantengo los contactos y, de vez en cuando, les hago mi número.

La camarera regresó con el agua. Se la sirvió en el vaso y Tom bebió un sorbo corto antes de que ella se marcha-

ra. Como si de un vino añejo se tratase, la miró aprobando el contenido del vaso con una caída de párpados excepcionalmente lenta.

—¿Dónde estaba? Ah, sí, le contaba mi separación del culto.

Casi se atraganta antes de continuar. Se había acordado de algo que debía decir de inmediato. De lo contrario, podría olvidársele y no recordarlo jamás.

—Pero sigo creyendo en las enseñanzas de la reverenda. Escriba esto claramente. No quiero que nadie se lleve a engaño. Estoy de acuerdo con la Iglesia en cada uno de sus puntos. En todos. Ojalá todos pudieran decir lo mismo.

—Y, sin embargo, se ha alejado de ellos.

—Mire, es difícil mantener una relación estrecha cuando se vive fuera de esta ciudad. El culto nació aquí y aquí está la sede principal. Somos una comunidad pequeña, ¿sabe? Tratamos de mantenernos unidos pero las distancias son enormes en este país. Por otro lado, mi trabajo absorbe todo mi tiempo.

—El negocio inmobiliario.

—Sí. ¿Sabía que este año vamos a vender por importe de una cifra idéntica a la de los tres ejercicios anteriores?

—No tenía ni idea.

—Pues como se lo cuento. Y, modestamente, yo tengo mucho que ver con este éxito. Mis estrategias de venta están funcionando. Sacrificio y perseverancia, amigo.

Odiaba que me llamasen amigo.

—Igual que cuando se asa.

—No lo había pensado de esta manera, pero sí, debe ser algo parecido.

—Existe sacrificio y existe perseverancia. Cualquiera

que no observase estas cualidades, difícilmente podría pasar por su experiencia.

—Al final, cuando uno resume, se da cuenta de que este mundo es bastante más sencillo de lo que parece.

El cansancio me estaba matando. Aquellos tipos tenían el poder de hacerle caer a uno en un sopor casi definitivo. Un estadio anterior a la muerte. Como si viese el túnel negro y mil ángeles desnudos agitando las alas.

—¿Qué se siente? —pregunté.

—Nada.

—Al asarse, quiero decir.

—Nada.

—Algo sentirá. Se está usted abrasando vivo.

—Es cuestión de no pensar en ello.

—Pero las brasas están ahí debajo.

—Y la reverenda a mi lado. Nada me puede pasar junto a ella.

—¿Le suele hablar?

—No, se sitúa cerca de mí, en un lugar donde pueda verla, y grita por un megáfono.

—Le da instrucciones...

—No, no se dirige a mí. Habla para las masas.

—¿Las masas?

—Bueno, los transeúntes que en ese momento pasan por allí.

—¿Qué reacción suscita en ellos?

—Algunos llaman a la policía. Solemos tener todos los permisos en regla, pero aun así, muchas veces interrumpen el martirio. Les pido que me dejen en paz, aunque no hacen caso. Existe una ordenanza municipal que prohíbe prender fuego en la vía pública.

—¿El martirio consigue nuevos adeptos para la Iglesia? ¿La demostración de templanza que usted consume ayuda a decidir conversiones?

—No nos ocupamos de abrir la Iglesia a nuevos miembros. De hecho, tengo entendido que sólo se admiten donaciones. El resto está perfectamente cubierto por los miembros existentes de la congregación.

—Sin embargo, la reverenda Petrovic afirma que llevan adelante una labor evangélica.

—A un nivel puramente teórico. Disciplinario, diría yo. Por eso me aso. Para mostrar al mundo la verdad. Tras mi acción, poco más me interesa.

—¿Cuántas veces más cree que podría repetirlo?

—Si todo va bien, espero hacerlo de nuevo antes de medio año. Cuando me reponga completamente del anterior asamiento. A partir de ahí, quedo en manos de la Providencia. Dios dirá. Que él disponga, como siempre ha hecho, ¿no cree?

—Sí... Usted, creo que es consciente de ello, personifica las tesis más extremas de la Iglesia de la Eutanasia. El resto de los miembros se limitan a escenificar acciones más o menos llamativas, pero usted pone su cuerpo en peligro...

—El peligro no existe. Sólo un ansia infinita de estar en paz conmigo mismo. Si las ventas decaen, yo me aso.

—¿Quiere decir que existe una relación entre su actividad profesional y la fe que profesa?

—¿Se pueden separar? ¿Somos seres cuya existencia se divide en compartimentos? No, es imposible.

—Entonces no hace distinciones.

—Claro que no. Se trata siempre de lo mismo: una percepción de lo mundano a través de lo místico.

—Y, tras asarse en la vía pública, ¿la venta de casas aumenta?

—No sabe hasta qué punto. Esa misma noche suelo empezar a recibir llamadas de mis asociados. Vendemos hasta aquello que habíamos dado por imposible. Nos las quitan de las manos, ¿sabe?

—¿Cuáles cree que son los motivos?

—El mundo se alinea en la dirección correcta. El ecosistema aprecia nuestros gestos y corresponde con generosidad.

—¿Es el entorno natural quien sube las ventas?

—Los bosques, los ríos, los animales, cada una de las razas extintas... Una comunión planetaria más allá de toda interpretación.

—¿Es usted rico?

—Bastante.

—¿Y toda su fortuna proviene del negocio inmobiliario?

—Íntegramente.

—En consecuencia, cuantas más veces se ase, más rico acabará siendo.

—Algo así.

Con gusto me habría echado a dormir allí mismo, sobre la mesa del café. Creo que perdí el sentido durante un rato. Tom, el hombre que se asó a sí mismo, continuó hablando y hablando.

Cuando recobré el sentido, aún seguía allí. Había consumido su vaso de agua y me miraba fijamente.

—Usted haría un buen asado —dijo.

—No lo creo.

—Estoy seguro de que sí.

—¿Por qué lo dice?

—Lo intuyo.

—Voy a pedir algo con caféina.

La camarera se acercó. Pedí un café doble y otra botella de agua para mi interlocutor. Tom estaba completamente relajado. Yo estaba completamente relajado. En el local, la gente había ido desapareciendo. En dirección a sus quehaceres cotidianos, supuse. No podía ser más preciso. De una forma u otra, tenía que conseguir concentrarme.

La camarera trajo el café. Humeaba. Como un heroínmano abalanzándose sobre su dosis, lo acerqué a los labios y bebí. Me abrasaba, pero bebí. Una cuestión de auténtica necesidad.

—¿Ve? —dijo Tom—. Se lo dije: usted tiene las cualidades.

Y un sopor espantoso. Los miembros de la Iglesia de la Eutanasia iban a acabar conmigo. Anoté mentalmente: tomar el primer avión hacia Europa.

Decidí terminar cuanto antes. Tenía la entrevista con la reverenda Petrovic y el material reciente de Tom. Un poco de *snuff* para la audiencia y de vuelta a casa.

—¿Estaría dispuesto a que nos lo comamos a usted? —aventuré.

No se sorprendió. Parecía haberme leído el pensamiento una milésima de segundo antes de que las palabras brotaran de mi garganta. Estaba preparado para cualquier cosa.

—¿Por completo?

Yo, sin embargo, no estaba capacitado ni para el más lento de los razonamientos.

—Bueno, no...

—Lo digo porque eso sería un problema.

—Comprendo...

—No es que tenga miedo ni nada por el estilo, entiéndame, pero no creo que acabe de ser una buena idea una sesión completa de canibalismo.

—Yo había pensado en algo más modesto. ¿Quizás un brazo?

—¿El dedo meñique?

—¿La mano entera?

—¿Tres dedos?

—Trato hecho.

Regatear con el hombre que se asaba destruyó todas mis defensas. El esfuerzo sobrehumano y todo eso. Pedí la cuenta y pagué.

—Me pondré en contacto con usted a través de la reverenda Petrovic —dije. Y añadí—: No olvide que tenemos una cita pendiente.

—No lo olvidaré.

Salí del café Equis dejando a Tom frente a su vaso de agua mineral sin gas. Templada, en un vaso ancho y de vidrio liso. El hotel estaba tan lejos...

Dormí y dormí y fui feliz. Tardé más de cinco minutos en recobrar, por completo, la consciencia. Estaba vestido y con los zapatos puestos. Me había dejado caer sobre la cama y dormí más de diecisiete horas seguidas. Amanecía sobre Providence y yo me sentía en plena forma. El agotamiento había desaparecido.

Después de desayunar, llamé por teléfono a la reverenda Petrovic.

—¿Quién es? —preguntó con voz adormilada.

—¿La he despertado?

—Creo que sí...

—Tenemos que disponerlo todo para una sesión de trabajo.

—¿Sabe qué hora es?

—Ayer pude entrevistarme con Tom. Quiero, de paso, agradecerle que me pusiera en contacto con él. Ha sido fabuloso. Agotador, pero fabuloso.

—¿Una sesión de trabajo?

—Sí, con Tom. Acepta que nos lo comamos. Al menos, parte de él.

—¿Comérmolo?

—El canibalismo es uno de los cuatro pilares, ¿no?

—Sí, pero...

—Estuve reflexionando acerca de su Iglesia y caí en la cuenta de que estoy imposibilitado para acceder a casi todos los pilares en los que se sustenta. Podría suicidarme, pero esto no facilitaría las cosas. Tengo unos lectores aguardando a que les cuente historias y, aunque no dudo de que el suicidio es una más que interesante, la posterior narración se ve notablemente dificultada, sobre todo si uno tiene éxito. En cuanto al aborto, se da cuenta de que es necesario disponer de una mujer embarazada y eso lleva su tiempo. Lo descarto pues sólo puedo dedicar unos días al trabajo de campo. Y me permitirá que pase por alto la sodomía. De momento, prefiero mantenerme en la ignorancia. Estoy seguro de que a usted le parece una grata experiencia, pero, sobre este tema, me limitaré a recoger impresiones ajenas.

—Entonces, la antropofagia queda como única salida posible.

—Exactamente.

—Y ha convencido al bueno de Tom para que se pres-
te a ser comido.

—No es fácil hallar a gente dispuesta. En realidad, no lo puedo asegurar, pues es la primera vez en mi vida que intento algo parecido, pero intuyo que así es. A nadie le hace demasiada gracia que se lo coman un par de extraños.

—Yo no soy una extraña para Tom.

—Me refería, sobre todo, a mí.

—La Iglesia no distingue entre fieles. Basta demostrar fidelidad a los preceptos para que sean aceptados sin más dilación.

—Curiosamente, Tom tenía otra opinión respecto a eso. Dice que no se admiten nuevos devotos en el culto.

—Es una cuestión de simple rutina organizativa. No le dé más importancia.

—No se la doy, pero me sorprendió que no practicasen el proselitismo. Todas las religiones lo hacen.

—La nuestra es, no cabe duda, un tanto especial.

—Me voy dando cuenta.

—Preferimos controlar nuestras actividades desde núcleos pequeños. Tiempo habrá para crecer. El mañana es nuestro.

—No si tienen éxito.

Escuché cómo sonreía al otro lado de la línea. Era el momento adecuado para concertar la cita. Íbamos a comernos los dedos de Tom. Estaba dispuesto.

—¿Cuándo le parece que lo hagamos? —pregunté.

Sonó a proposición deshonestas. La reverenda Petrovic no se inmutó.

—¿Cuándo le viene bien?

—¿Esta tarde?

—¿Tan pronto?

—¿Por qué no? Tom está en la ciudad y dispuesto. Si esperamos demasiado, quizás se marche.

—De acuerdo. ¿Le parece bien a las cinco?

—¿En su casa?

—En mi casa.

—Llevaré una botella de vino.

Mañana las ventas inmobiliarias de la compañía de Tom ascenderían hasta las nubes. Le haría rico de verdad. Rico, muy rico. A través del sacrificio y la perseverancia.

Llegué diez minutos antes de la hora prevista pero Tom ya estaba allí. Sonrió tras la reverenda Petrovic cuando ésta me abrió la puerta de su apartamento. No parecía demasiado preocupado. No parecía preocupado en lo más mínimo.

Nos estrechamos las manos y este gesto adquirió dimensiones nunca advertidas. Estaba tocando los mismos dedos que dentro de un rato me comería. Al menos, tres de ellos.

Descorchamos la botella de vino y nos servimos una copa cada uno. Ellos no solían beber a menudo, según dijeron, pero esta ocasión lo requería.

—¿No ha traído un fotógrafo? —preguntó la reverenda Petrovic.

—No, nunca utilizo fotógrafos.

Pareció disgustarle mi afirmación. A la Iglesia le encantaba dejar constancia de sus actos. De hecho, habían llegado a montar una exposición de fotografías que fue mostrada en varias ciudades del mundo.

—No importa, siempre que lo narre tal y como suceda.

—Se lo garantizo.

Podía contar con ello. Ahora comenzaba lo verdaderamente interesante. Había de reconocer, llegados a este punto y con la copa de vino entre los dedos, que mi editor tenía razón. Aquí había una historia que contar. Y yo me sentía pletórico.

—¿Comenzamos? —dije mientras dejaba la copa sobre una mesa de cristal.

—Cuando quiera —respondió Tom.

No mostraba nerviosismo. Sin prisa, comenzó a quitarse los anillos de la mano izquierda.

—Si no le importa —me dijo—, lo haremos en esta mano.

—Como prefiera.

—Es que soy diestro y preferiría conservar los dedos de la mano derecha. Una cuestión práctica, ¿entiende?

—Perfectamente.

Puso los anillos sobre la mesa, junto a las copas de vino a medio vaciar. Supongo que habría de buscar, tras nuestra sesión de canibalismo, una nueva ubicación para ellos.

La reverenda Petrovic se había arreglado para la ocasión. Estaba muy maquillada y con las piernas recién depiladas. Un vestido negro sin apenas talle caía lánguidamente sobre ellas. Llevaba su peluca negra. Su peluca preferida. Una melena recta y artificial. Como ella misma. Recta y artificial.

—¿Es su primera vez? —sugerí.

Trató de ganar tiempo fingiendo no comprender.

—La primera vez que come carne humana —aclaré.

Quería saber hasta qué punto practicaban lo que ellos

mismos predicaban. Si la propia reverenda Petrovic no había probado un bocado humano en su vida, podía concluir rápidamente que el resto tampoco. Ni el aborto, ni el suicidio y bastante poca sodomía.

—No he tenido ocasión... —balbució.

—Entiendo —atajé.

No deseaba que se sintiera incómoda. No, al menos, antes de empezar.

—Como veo que ésta es la primera vez para todos —dije—, me gustaría iniciar un ritual que, si a ustedes les parece apropiado, pueden utilizar en ocasiones venideras. Muy gustosamente se lo cedo a la Iglesia.

Entré en la cocina de la reverenda Petrovic. Buscaba un delantal y lo encontré tras la puerta. Llevaba inscrito el lema fundacional de la Iglesia: «Salva al planeta. Mátate». No lo dudé y me lo puse. También tomé una ensaladera y dos rollos de papel absorbente.

Con mi equipo entre las manos, volví al salón. Los miembros de la Iglesia me observaban desde el sofá: Tom, risueño; la reverenda Petrovic, asustada ante lo que se le venía encima.

—¿Comenzamos? —pregunté.

La reverenda Petrovic sugirió poner algo de música. Me encogí de hombros. Todo eso me dejaba indiferente. No creía en las ambientaciones ni en la teatralidad. Lo mío era el *snuff*: todo lo que van a ver está sucediendo de verdad. Sin trucos, sin máscaras, sin remordimientos.

Introduje la mano en el bolsillo derecho de mi pantalón. Allí estaba lo que precisaba: una pequeña guillotina de esas que se utilizan para cortar cigarras. Hacía tiempo que no los fumaba, pero aún viajaba con todo mi instrumental. Siento pánico ante la abstinencia y saber que

cerca de mí está todo lo necesario para estar echando humo en menos de medio minuto, ayuda a recobrar la serenidad.

El cortador me lo había regalado mi editor. Por mis éxitos, había dicho. De acuerdo, pues ahora le iba a proporcionar uno más. El tipo a quien pertenecían las iniciales grabadas en el frontal de la guillotina, A. L., estaba presto a dar su primer bocado de carne humana.

—Su mano, Tom —invité, circunspecto.

Tom se acercó a mí y leyó en voz alta el lema del delantal.

—Reverenda —dijo mirando hacia ella—: cualquier día tenemos que ponernos a ello.

Y se rió ruidosamente. La reverenda Petrovic estaba pálida bajo el maquillaje. Apenas se movía y su mirada, vivaz e inquieta en otras ocasiones, se mantenía ahora fija en la guillotina. Introduje el dedo índice de mi mano derecha en el orificio y la hice girar despreocupadamente, como si lo que iba a hacer con ella no tuviera la menor importancia.

Tom alargó la mano izquierda. Tenía todos los dedos extendidos y los separaba para facilitar mi tarea. Puse la mano sobre la ensaladera e introduje la guillotina en el dedo meñique. Empujé hasta el final y la ajusté.

—¿Preparado?

—Preparado.

Apreté con todas mis fuerzas. Noté la resistencia del hueso, pero no me detuve. Apreté y apreté hasta que conseguí desprenderlo. Cayó limpiamente dentro de la ensaladera.

Tom dio un grito.

—No se preocupe —decía—. Ha sido la impresión.

Le alargué uno de los rollos de papel absorbente.

—¿Quiere enjuagarse?

Un chorrillo de sangre se derramaba en el interior de la ensaladera.

—Mejor después. Ahora, límitese a completar su trabajo.

Tenía que reconocer que aquel hombre, por muy perturbado que estuviera, tenía redaños suficientes. Pensé que no me gustaría nada tenerlo frente a mí cuando intentara comprar una casa nueva.

La reverenda Petrovic, llegado ese momento, decidió que no podíamos pasar más tiempo sin música. Se dirigió hasta el reproductor y puso un disco en él. Después me diría que se trataba de su segundo trabajo publicado, pero en aquel instante me trajo sin cuidado. Música electrónica para ambientes cargados. De acuerdo, en ello estábamos.

Seccionar el dedo anular de Tom fue más complicado. El hueso se resistía a ser cortado, de modo que tuve que poner la mano sobre la mesa y cargar todo mi peso sobre la guillotina. Aun así, no se quebraba. Tuve una idea.

—Reverenda Petrovic —llamé—. ¿Puede venir aquí?

La reverenda caminó muy despacio hacia mí.

—Me gustaría que pusiera la mano en la guillotina y me ayudara a empujar.

Le indiqué cómo quería que lo hiciera. Se situó delante de mí y la rodeé con mis brazos. Puse su mano en la guillotina. La sangre de Tom brotaba, espesa, desde la herida.

Con mi mano sobre la suya y mi torso apoyado en su espalda, le indiqué que debíamos presionar a la vez para que, gracias a la fuerza de ambos, consiguiéramos seccio-

nar el dedo de Tom. Éste, por su parte, advirtió que tenía sed.

—Aguarde un instante —pedí—. Pronto habremos acabado y podrá beber todo lo que quiera.

Comenzó a preocuparse por las marcas de agua mineral que había en el refrigerador de la reverenda. Podía soportar que un extraño le amputase tres dedos de la mano izquierda, pero no concebía pasar una tarde entera sin su marca favorita de agua mineral.

—Creo que tenemos de la tuya —atajó la reverenda.

No tenía tiempo para pensar en las excentricidades de Tom. Mi cuerpo pegado a su espalda estaba turbando la frialdad que, hasta ahora, había mostrado. Apoyé mi hombría sobre su trasero. Noté cómo se relajaba y perdía tensión en los hombros. El contacto con la sangre hizo en resto.

—Empuje —susurre en su oído.

Presionamos con todas nuestras fuerzas. Cuando el hueso se hubo dividido, levanté mi mano de la suya y dejé que hiciera el resto del trabajo. Un hilo de carne y piel para ella sola. No dejó de apretar. Tom la miraba mientras se mordía el labio inferior.

—¿Duele? —le preguntó.

—Un poco.

—Tranquilo, pronto acabaremos.

El dedo anular cayó en la ensaladera. Resbaló por el borde sin hacer ruido y se quedó muy quieto. Nosotros lo mirábamos como si fuese a moverse. Cuando yo era un niño, en mi pueblo decapitaban una gallina en la plaza y todos, alborozados, corrían tras ella para darle caza. Porque las gallinas decapitadas corren como si las llevara el demonio. Como no ven, se golpean contra los árbo-

les, las personas y los músicos de la banda municipal. Parece ser que todo es muy divertido. Hay un premio para quien consigue alcanzarla.

Pero el dedo de Tom no se movió. Sangró un poco y se quedó quieto, muy quieto. La reverenda Petrovic empujó su trasero sobre mí y volvió el rostro.

—No está mal —dijo mientras sonreía.

—Le está tomando el gusto —repliqué.

—¿Repetimos?

—Por supuesto.

Esta vez apreté aún más sobre su espalda. Respiraba en su nuca y le apretaba la mano con la que iba a cerceñar el dedo de Tom.

—¿Lo hacemos más difícil?

La reverenda se había excitado.

—¿A qué se refiere? —susurró.

—Podemos intentarlo con el pulgar. Seguro que se resiste más que cualquier otro.

Tom parecía estar de acuerdo. Había dicho tres dedos de la mano izquierda y tres dedos de la mano izquierda iban a ser. Un trato es un trato. A partir de ahí, le daba igual de qué dedos prescindir. A buen seguro, no había oído nunca eso de que el dedo opuesto en nuestras manos supuso uno de los avances necesarios para que los monos se bajaran de los árboles. Más o menos, sucedió así. Se trata de poder agarrar cosas, sostener herramientas y fabricar armas. Y matar enemigos y comerse el interior de las nueces y guardar un buen palo bajo la almohada.

A aquel tipo únicamente le preocupaba llegar hasta la próxima asadura, más que nada, para vender más casas al día siguiente.

—Tom, vamos a amputarte el pulgar —dijo la reverenda Petrovic.

—De acuerdo, pero que sea cuanto antes. Creo que me estoy desangrando.

Introduje, por última vez, la guillotina de cortar cigarrillos en uno de sus dedos. Extendí la palma sobre la mesa y coloqué la mano de la reverenda sobre ella.

—Cuando yo diga —ordené encerrando, al tiempo, el dorso de su mano en la cuenca de la mía.

Comenzó a frotarse contra mí. Había perdido todo recato y agitaba el trasero en un movimiento cimbreado y en nada sensual. Todo era muy tosco, muy primario, muy único. Decidí seguirle el juego. No iba a acostarme con ella, pero estaba dispuesto a ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Ahora —suspiré junto a su oreja.

La reverenda hizo casi todo el trabajo. Presionó con todas sus fuerzas y la oí gemir como si estuviera alcanzando un orgasmo. Algo similar debía ser para ella. Un gran orgasmo de sangre y magreos. Sexo con la ropa puesta y las miradas fijas en una ensaladera con carne humana en su interior.

Levanté mi mano y le pedí que continuara ella sola.

—Quiero verlo desde otro punto de vista.

Me retiré y caminé por la habitación hasta situarme un par de metros por detrás de Tom. Desde allí, podía ver a la reverenda Petrovic suspirando mientras trataba de seccionar el dedo de su acólito. Luchaba contra el hueso pero éste no cedía. El hueso de un pulgar es único. Está diseñado para que no se fracture fácilmente. Podemos acabar hechos polvo después de una sesión de violencia

indiscriminada, pero los pulgares siguen ahí, intactos, como si con ellos no fuera el asunto.

Entonces estuve seguro. Sí, lo estuve. La reverenda Petrovic no fingía. Vivía la intensidad del momento y todo en ella era real: los gemidos, la excitación sexual y el fervor por la sangre. Si hasta aquella tarde había escenificado una ficción, ahora ya no lo hacía. Todo esto estaba pasando de verdad y ella disfrutaba como nunca debía haberlo hecho.

En mitad de su esfuerzo, levantó la mirada y la fijó en mí. Sonrió impudicamente, como se sonríe a un amante al que nunca se verá más tras esa noche. Sin dejar de mirarme, levantó su falda y comenzó a masturbarse con la mano libre.

Mientras tanto, Tom parecía empezar a aburrirse. Disponía de una especial capacidad para soportar el dolor, pero todo tenía su límite.

—Prefiero asarme —dijo valorando sus sensaciones.

—Todavía no hemos terminado, Tom —le replicó la reverenda Petrovic.

No, no habíamos terminado. Quedaba lo mejor por delante.

El hombre que prefería asarse decidió poner término a aquello. Mostrando la sangre fría que le llevaba a situarse sobre un buen montón de brasas incandescentes, utilizó su mano derecha para empujar la de la reverenda y ejercer suficiente presión sobre la guillotina. Sólo así, el hueso del pulgar se fracturó totalmente separando el dedo del resto de la mano.

—Lo conseguimos —celebró la reverenda.

Sin dejar de acariciarse el pene, dio unos pasos hacia atrás y se sentó en el sofá. Parecía exhausta.

—Observo que esto ha terminado por interesarle — dije.

—¿Lo había dudado?

—Confieso que, durante un momento, sí. No parecía usted muy predispuesta a colaborar.

—Pues ya ve que no.

—Estoy seguro de ello.

Se había quitado las bragas y tenía el vestido subido hasta la cintura.

—Espero que esto no le moleste —dijo.

—No me molesta —afirmé.

No me molestaba. De hecho, agradecía su franqueza. Ahora estaba seguro de que los miembros de la Iglesia de la Eutanasia tenían algo de extraordinario. Relacionado con la enajenación mental, cierto, pero extraordinario. Un sentido propio de la extravagancia y de la peculiaridad. Algo bello que merecía la pena que fuera descrito.

—Si me lo permite —dijo casi en un susurro—, me gustaría finalizar con esto antes de proseguir.

Eyaculó poniendo cuidado de no mancharse el vestido negro.

Nos servimos otra copa de vino. Vendé la mano de Tom lo mejor que supe y traté de que la reverenda Petrovic volviera a subirse las bragas.

Había llegado el momento de ponerse manos a la obra. Los prolegómenos no fueron mal, pero lo verdaderamente interesante comenzaba ahora: teníamos que comer los dedos de la ensaladera.

—Cuando gusten —dije.

Nos acercamos a la mesa. La sangre en torno a los

dedos comenzaba a solidificarse y pensé que no era una buena idea demorarlo más.

—Hay tres dedos —señalé—. Y nosotros somos tres. No creo que sean necesarias más explicaciones.

Apoyé las manos en el borde de la mesa.

—Elijan ustedes, por favor.

—Creo que puedo comerme el dedo que quiera —dijo Tom—. Los dedos son míos, ¿no?

Y levantó la mano izquierda con la venda ensangrentada.

—De acuerdo —accedí—. No veo necesario discutir. Le cedemos gustosamente el turno, Tom. Elija.

Pensé que iba a tomar el pulgar, pero no. Titubeé un poco y decidí hacerse con el meñique. Lo sostuvo por la uña, como evitando mancharse.

—No tengo mucho apetito —pareció excusarse.

—Su turno, reverenda —dije.

La reverenda Petrovic se asomó a la ensaladera. Podía decidirse por un jugoso anular o un exquisito pulgar.

—Le sugiero el pulgar. Es el más robusto, fíjese. Sin duda, estará apetitoso.

—¿Está seguro de que no le importa?

—En absoluto. El anular para mí. Creo que sabrá delicioso.

—En ese caso, me quedo con el pulgar.

Metimos la mano casi al unísono en la ensaladera. Tomamos los dedos por el lado opuesto al corte y los acercamos a la nariz.

—No huele mal —apunté.

—No.

—Quizás un poco a pollo.

—Es posible, pero creo que no.

—Sí, a pollo.

—Definitivamente, no.

—¿Un poco más de vino?

—Gracias.

La música había desaparecido del ambiente. Un conciso silencio envolvía el apartamento de la reverenda Petrovic. Soy un firme partidario del silencio. Del silencio absoluto. Cuanto más viejo me hago, más creo que nada lo supera. Aunque es necesario saber apreciarlo en toda su grandeza. Son precisos prolongados ratos de ausencias para comprender toda la magnitud de la oscuridad acústica. Un solo de inexistencia. Perfecto. Una copa de buen vino y un pedazo de carne humana recién seccionada. La felicidad siempre está a la vuelta de la esquina.

Llené las copas hasta vaciar la botella. Anocheceía sobre Providence y todo era delicado como la ropa interior de las niñas.

El primero en probar la carne fue el propio Tom. Se acercó su dedo a los labios y chupó la sangre. Le imité. Realmente, no fue un sabor que me sorprendiera. Todo el mundo ha probado alguna vez el sabor de la sangre, cuanto menos, de la suya. Caí en la cuenta de que no lo ponía en práctica desde hacía mucho tiempo. Debe ser cosa de la infancia. Después, con el paso de los años, uno deja de hacerse heridas en la piel. No te caes, ni rozas el brazo contra una pared estriada. Y, si lo haces, te limitas a limpiar la herida con un poco de agua. Nada más. Pero cualquier muchacho conoce a lo que sabe la sangre. Pone, instintivamente, diría yo, la boca en la herida y

succiona como si tuviera que extraerse el veneno proveniente de la mordedura de una serpiente. Succiona y escupe en el suelo, con entereza, haciéndose un hombre.

Yo no escupí la sangre de Tom. Me la tragué mezclada con mi propia saliva. Se me ocurrió que podría estar contagiándome de alguna insospechada enfermedad alestargada en el organismo de Tom, pero lo deseché. Parecía un tipo sano. En lo físico, me refiero. Todo el deterioro aparente era autoinflingido. Un modo de vida, vamos.

La reverenda Petrovic, por su parte, se hizo de rogar. Había apurado su copa de vino y contemplaba, ensimismada, el trocito de carne que había de engullirse.

—Me temo que ha llegado el momento —dije.

Tom mordió el dedo. Separó los labios para evitar mancharse y atrapó un pedazo de carne con los incisivos. Tiró tratando de desgarrarlo, pero no pudo, así que decidió utilizar los caninos. No parecía disponer de demasiada experiencia abordando un buen filete poco hecho.

Por fin, desgarró un pedacito minúsculo de carne y lo masticó con la mirada perdida, como aquel que saborea el primer bocado de un manjar exótico. Después, asintió con la cabeza. Parecía haberle agradado.

No me iba a quedar atrás.

Llevé mi dedo a los labios y lo atrapé con los dientes. La verdad es que no había demasiado que comer. Me recordaba al rabo de toro que una vez por año comíamos en familia. Una especie de celebración urbana de la que uno sale con más hambre de la que ha entrado. Y con un dolor de cabeza ostensible tras escuchar todas las peroratas que tus cuñados y cuñadas tienen a bien endosarte. Claro que, junto al rabo, se sirven patatas, guisantes y

una salsa deliciosa que mi madre, modestia aparte, borda.

Chupé y sorbí durante un rato hasta que el hueso quedó al aire. Evitaré referir el sabor de la carne humana. Y no por evitar la escabrosidad de profundizar en descripciones poco ortodoxas, sino, más bien, porque apenas guardo recuerdo de ello. Estoy seguro de que sabía, más o menos, a pollo, pero no podría asegurarlo sin temor a errar. En cualquier caso, la escasez del bocado no daba para grandes degustaciones. Por no hablar de la sangre que impregnaba, con su sabor metálico y caliente, toda la boca. Así se hacía imposible aprehender las texturas, distinguir los matices o aislar sensaciones. Me comí el dedo y dejé el hueso casi limpio en el interior de la ensaladera.

Tom no se rezagó e hizo lo propio. Tras acabar, nos miramos inquisitivos. Cada uno de nosotros esperaba que el otro dijera algo, que se explayase en torno a la experiencia, que manifestara lo que, en suma, pensaba. Pero pensar, pensábamos poco. Creo que Tom compartía mi indiferencia. Se encogió de hombros y contempló las amputaciones de su mano izquierda. Estoy seguro de que pensó que no había merecido la pena. Tenía tres dedos menos y el mismo apetito que cuando llegó. Al menos, vendería unas cuantas casas más.

Habíamos concluido cuando la reverenda Petrovic aún jugueteaba, nerviosa, con el trozo de carne que le correspondía.

—Cómaselo —ordené.

Quería que fuéramos hasta el final. Me di cuenta de que ella prefería prescindir de este pilar de la Iglesia y abordar, con todas las consecuencias, el que en último

lugar se enunciaba. Bien, que no contaran conmigo para eso. De Tom podía esperarse cualquier cosa, pero por ahí no estaba dispuesto a pasar. No, de momento.

—Cómaselo —repetí.

La reverenda Petrovic se acercó el pulgar de Tom a la boca. Lo olisqueó una vez más antes de introducirse.

—No, no es a pollo —dijo.

Abrió desmesuradamente los labios y atrapó el dedo entre los dientes. No deseaba que el carmín se le corriera. Dentelleó con suavidad. Fue paladeando la carne humana y, en varias ocasiones, cerró los ojos para atrapar mejor las impresiones. Sí, le estaba gustando.

—Me da la impresión de que usted es la única entre nosotros a la que le ha seducido el bocado —dije.

La reverenda no hablaba con la boca llena. Levantó la mano libre y solicitó que aguardáramos un instante. Poco a poco iba desgajando todos los hilos de carne y los masticaba evitando, siempre, que la pintura de labios se echara a perder. Había que reconocerle la habilidad de una hetaira de lujo. Y tendré, aquí, que reconocer yo también que sentí cierto cosquilleo cuando la vi comer carne humana sin perder la compostura. La peluca de melena recta enmarcaba de una forma deliciosamente adulterada su rostro andrógino.

Tom se marchó cuando hubimos finalizado. Tenía prisa por llamar a su oficina y comprobar si las ventas estaban incrementándose en forma suficiente. Quizás barajara la idea de amputarse un par de dedos más si, gracias a ello, conseguía duplicar o triplicar su fortuna personal. Nuca más supe de él. Aunque, bien mirado, una parte suya siempre me acompañaría allá adonde fuera.

La reverenda Petrovic se tendió en el sofá. A pesar de las precauciones, un hilillo de sangre se deslizaba por la comisura de sus labios. Le indiqué, con un gesto discreto, que se limpiara.

—Puede limpiármelo usted.

Extraje mi pañuelo del bolsillo y me arrodillé en el suelo. Me habría sentado en el sofá, pero la reverenda había extendido las piernas sobre él ocupando todo el espacio. Estiré una punta del pañuelo y procedí a limpiarle la sangre de la cara.

—Cuidado con el carmín —dijo.

Entonces, me besó. Sentí su lengua dentro de mi boca. Era la primera vez en mi vida que un hombre me besaba. He de conceder que me gustó. Su lengua entraba dulce y tibia. No habría pensado nunca que la lengua de un hombre pudiera ser así. Bueno, a fin de cuentas, la reverenda Petrovic estaba a medio camino entre una cosa y otra.

Le devolví el beso, más que nada por cortesía.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—No ha estado mal.

—¿Lo repetimos?

La punta de su lengua volvió a rozar mi paladar. Era una de esas lenguas que no saben estarse quietas, que invaden, que examinan, que exploran todo el interior de la boca de uno. Casi me atraganto ante su voracidad.

Atrapó mi lengua entre sus labios y succionó dócilmente, como se chupa un helado. Sonreía cuando me miró.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Podemos hacer lo que quieras.

La situación era tan agradable como confusa y violenta.

—Soy heterosexual —reconocí en voz baja.

—Estupendo. Yo soy una mujer, así que no creo que exista ningún problema.

—Por lo que he podido observar antes, no estoy tan seguro de ello.

—No des importancia a los detalles.

—Hay detalles que son verdaderamente importantes.

—¿Como cuáles?

—Como ése que tienes ahí.

—Estoy considerando la posibilidad de desprenderme de él.

—Y en su lugar...

—En su lugar hacerme lo que tú buscas.

—En ese caso, creo que esperaré hasta entonces.

—¿Estás seguro? Tu iniciación en la Iglesia no ha hecho sino comenzar. Aún hay preceptos que no has experimentado.

—Hay preceptos que no deseo experimentar.

—¿Por ejemplo?

—El suicidio.

—Podríamos hacerlo juntos.

—¿Suicidarnos?

—Sí.

—Estoy seguro de que no me interesa.

—No me refiero a la posibilidad de que lo hagamos hoy. La vida es larga pero, con el tiempo, todo llega. Podemos planearlo juntos.

—¿Y mientras tanto?

—Nos queda la sodomía.

Sin darme tiempo a contestar, volvió a introducir su lengua en mi boca. Tenía un billete de regreso a casa para el día siguiente. De momento, le devolví el beso. Providence huele a humedad por las noches.

